

Vigilar sin castigar

Damià Alou

La vigilancia de los acantos

Javier Pérez Escohotado

Ilustraciones: Miquel Pescador

Acanto ed., Barcelona, 2017

En *Homenaje a Otto Weininger*, Juan José Arreola define el amor como un fatalismo en el que el hombre busca su perdición y la mujer lo arrastra obedeciendo ambos a un destino casi grabado en el género y la especie. En el texto de Arreola el protagonista es un perro, lo que permite afirmar al autor, de manera literal, que “como a buen romántico, la vida se me fue detrás de una perra”, y concluir: “Y me quedo siempre aquí, roñoso. Con mi lomo de lija. Al pie de este muro cuya frescura socavo. Rascándome, rascándome...” Menciono a Arreola porque asoma en la contracubierta de este libro y porque un cierto fatalismo recorre todas estas historias. Un fatalismo que no sé si está más en el narrador que en los personajes (y entiendo por narrador a ese sector de Javier Pérez Escohotado que se activa para escribir estos relatos, no a la persona en todas sus facetas) o si, en realidad, se han acabado eligiendo unos a otros en esa coincidencia que uno encuentra azarosamente en la vida, donde la literatura surge cuando el narrador encuentra a los personajes adecuados y estos a un narrador que los comprenda y los quiera... o los odie, con amorosa profundidad. Pero en estos *Acantos* no hay odio, y el amor, que está, es escéptico, desengañado, regurgitado y en cierto modo mítico, o porque en este futuro desde el que está escrito el libro, el pasado es siempre el tiempo más verdadero de la vida, ya que al menos tenemos la certeza de que existió.

Ante un libro tan enigmático como *La vigilancia de los acantos* uno tendría la tentación de la exégesis dilucidadora, pero como no soy alguien que se entregue a las tentaciones, creo que me quedaré en la observación de los detalles que nos hablan de unos personajes que tienen todos un denominador común: ese epitafio con el que les obsequió (previo pago) el marmolista Harry Moreno,

cuya “mejor facultad no fue la sentencia ni la rápida reflexión aforística”, pero que llegó a dominar “como nadie el arduo trabajo del que debe grabar las últimas palabras que van a pagar e improvisan voluntariosos familiares, un padre desconsolado, una madre rota, con la concisión profesional que tú les recomendabas.” Harry Moreno, con su empresa de pompas fúnebres *Muere para siempre*, con esa cara que es un cruce entre un mítico escritor y traductor vecino de nuestra ciudad y Joseph Cotten, es el punto de reunión de todos estos habitantes de Quintana, que quizá se conocieron o no, quizá se amaron o no, quizá supieron unos de otros o no, quizá se cruzaron por la calle sin sospechar que el marmolista Harry Moreno les impondría a todos su sombra eterna y pétrea, y les labraría esas palabras que les acompañarán toda la muerte.

Porque el epitafio es, más que nada, una condena. En vida siempre suena a chiste, a frasecilla ingeniosa y memorable: “Perdonen que no me levante”, de Groucho Marx; o “Estuve borracho muchos años, después me morí”, de Scott Fitzgerald; son dos maneras de tomarse a broma la propia vida o la propia muerte: ambas cómicas en el primer caso, trágicas en el segundo. El epitafio, en el fondo, no es más que un guiño al que lo lee, un intento a veces un tanto patético de pasar a la posteridad haciendo asomar un humor que quizá no se posee. En un epitafio suele haber también un cierto delirio de grandeza: uno lo elige para quedar bien, una de las grandes obsesiones de los humanos, para pasar a la posteridad, en cierto modo, si es que la posteridad te acepta y no te echa de una patada. Los epitafios que encontramos en este libro no suelen ser elección del epitafiado, sino de alguien cercano, alguien que, en cierto modo, quiere retratar su memoria en palabras.

Es decir, que quedan dos veces retratados, porque, en primer lugar, nos los retrata el narrador, una suerte de cotilla omnisciente que también resulta parco en palabras, o más bien, elige las palabras con cuidado para ofrecernos justo ese aspecto del biografiado que, según él, resulta más relevante. Pero relevante, ¿para quién? ¿Para el personaje o para el autor? ¿No tenemos la sensación de que, de hecho, el narrador nos está hablando de sí mismo a través de sus personajes, que nos está relatando su propia vida a través de los demás?

Estamos en Quintana, y no sabemos dónde puede estar Quintana. Al parecer, cerca de otra población denominada Montejudíos, quizá en un viejo país ineficiente del cansado Occidente, donde el azar ha ido depositando gentes variopintas de nacionalidades variopintas; no sabría si llamarlos inmigrantes, turistas o extraviados. En realidad, la mayoría parecen extraviados, porque se diría que muy extraviado hay que estar para acabar en Quintana. Alguien que probablemente ha permanecido toda la vida en Quintana, viendo pasar los días, observando, vigilando como un acanto, fijándose en esos humanos de apellidos exóticos, de vidas dispersas, de destinos paradójicos como el de Remedios Vitale, que pasó de ser una adolescente de pechos inapreciables a una adulta que los llenó de calostro antes de sumergirse en el exótico mundo de las oenegés. Uno se pregunta cómo llegó allí Omar K. Perhaps, quizá desde Oriente Próximo y con destino a la inmólación, víctima de la falsa pureza de los que la predicán. O cómo llegó a mezclarse en algún momento (si es que ocurrió) con Aaron P. Moses, con grandes dotes para el comercio de alfombras; o con ese eterno candidato al Premio Nobel, Nicolas Cox Jr., que escribió que *“entre un ser y otro no hay ni un milímetro de vapor de agua”*, que nos recuerda esa observación del Doctor Manhattan de que entre una persona viva y una muerta no hay ninguna diferencia a nivel atómico.

Pero es en el lenguaje donde se concentra todo, ese lenguaje que acaricia y se enrosca a los personajes. Sobre todo, a las mujeres, porque su lenguaje preciso y severo se vuelve sensual, concupiscente, sinuoso, cuando acaricia a las mujeres, ya sea el *“cuerpo, breve y esbelto como el hambre”* de Laretta Thi o la *“enigmática, voraz, devastada”* Sophia Endity, y se regodea en ellas con la delectación con que acariciamos a ese cuerpo que nunca empacha nuestra voracidad.

No, no son mujeres normales, y tampoco los hombres lo son. Porque, ¿qué es la normalidad? ¿Encontramos alguna atracción en los hombres y las mujeres normales? ¿Qué podríamos decir de ellos? ¿Qué palabras nos permitirían encarnarnos a su normalidad y hacerla nuestra? No es normalidad lo que ha buscado nuestro narrador. Sus personajes no son los *normales* de Quintana, o al menos no lo son para él. Son, más bien, una pista a su perversión, a su

búsqueda de objetos que exciten su imaginación o su lenguaje (que en el fondo son la misma cosa), pues, como no puede disimular, es un coleccionista infinito de humanidad.

Mientras leía el libro y me fijaba en sus ilustraciones me he preguntado si nos imaginaríamos a los personajes tal como se nos revelan o si nos imaginaríamos su pasado escrito de conocer tan solo el aspecto que nos propone Miquel Pescador, que no es, naturalmente, más que su versión de la carne de sus personajes. Letra e imagen comparten una cualidad extrañamente etérea y carnal, como si de la concreción que nos imponen las palabras tuviera que acabar surgiendo esa imagen casi siempre delicuescente, entre fantasmal y vampírica, entre goterones de pintura que se escurren de la cara y formas a veces planas y macizas de una carnalidad densa. Muchas de las imágenes poseen una textura cercana al cine gore, de un inquietante granuloso que alcanza esos labios que se deslíen en una mancha, como derramándose de la acuarela, del agua a la carne y de nuevo al agua hasta disolverse en este charco de historia inexistente, pero que ahora, merced a nuestro narrador y a nuestro pintor, ya forman parte de la historia.

Todos nos miran: unos de cara y otros de reajo; unos desde su aspecto Marlon Brando; otras desde su belleza antigua; desde su airada belleza exótica (Laiota Capriola); desde su decadentismo romántico (Percy Brassard), su desafío *hippioso*, su iracundia amargada, su sabiduría inútil, su mirada madura seductora, sus perdidos ojos infantiles, su apretada boca de oficinista. Uno tiene la impresión de que ninguno acabó siendo lo que quería, que el caprichoso destino les dio unas vueltas en el aire y los acabó depositando en ese marasmo que se llama vida.

Al cerrar el libro, uno tiene la impresión de que algo se ha añadido a nuestra experiencia, a nuestra vida. Durante un rato no extenso pero intenso hemos convivido con el envés de muchas personas que conocemos, la luz ha atravesado una cara que desconocíamos y ha adquirido un nuevo y extraño color, que ahora se esparce por aquel hermano, ese primo, el amigo, el conocido, al antiguo amor, el que aún no conocemos.